



## **HOMILÍA VIERNES SANTO**

21 de marzo, 2008

Ilmo. y Rvdmo. P. Abad de Santa Cruz del Valle de los Caídos  
Dom Anselmo Álvarez Navarrete

“Xto me amó y se entregó por mí en la Cruz”. Ayer entregó su Cuerpo vivo para la vida del mundo, hoy entrega su cuerpo muerto para la salvación de la humanidad, en la mañana del Domingo de Pascua entregará su cuerpo renacido para la gloria de la resurrección.

Hoy la Iglesia, y la humanidad con ella aunque no lo sepa, celebra y renueva la pasión y la muerte de Cristo. La renueva a fin de que cada hombre de cada tiempo pueda entrar en contacto directo con el acontecimiento y apropiarse sus frutos, y la celebra para aclamar al autor de nuestra salvación, con sentimientos de adoración, de súplica y de acción de gracias en nombre de toda la humanidad.

Y reproduce también el relato directo de la pasión (...), que ha sido en todos los tiempos el texto más leído y que más reflexión ha suscitado, precisamente porque se trata de los hechos en los que convergen toda la historia de Dios y todas las historias de los hombres. De hecho, en ellos culmina el tiempo y la eternidad y de ellos reciben su significado primordial.

Nuestra historia está marcada por tres árboles, a la vez reales y simbólicos: el árbol del paraíso, junto al cual se decidió un futuro de la humanidad ajeno a la voluntad de Dios y a la felicidad del hombre; el árbol de la cruz, en la que éste fue restablecido en la plena comunión con Dios; el árbol de la vida bajo el que se cobija la nueva y definitiva Jerusalén celeste, reedificada por Dios al final de la historia presente (su descripción la podemos encontrar al final del libro del Apocalipsis).

Hoy es el árbol de la Cruz el que atrae hacia él la mirada expectante de la Iglesia y del mundo, aunque muchos quisieran cerrar los ojos ante él. La Cruz, junto con el sepulcro, fue el lugar donde los hombres quisimos poner punto final a la historia de Dios entre nosotros, a fin de que los asuntos humanos fueran exclusivamente nuestros, pero desde la que Dios respondió reconstruyendo la realidad humana y divina del hombre, única en la que el hombre es, totalmente, él mismo. La Cruz es la encrucijada de todos los caminos, de los que llegan y terminan en ella como en su meta, o de los que junto a ella pasan en todas direcciones, buscando otra imposible salvación.

Lo cual no impide que ella sea la cuna en que nace la nueva humanidad, el lecho en que es desposada por Dios, como lo describe la teología y la mística cristianas. Sobre ella Dios “no perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó a la muerte”, para que su sangre derramada y su Espíritu entregado fecundaran la nueva creación del hombre. A través de esta creación la muerte de Cristo representa el final del imperio de la muerte:

“la muerte ha sido absorbida por la victoria” de Cristo sobre ella cuando, “muriendo, destruyó al que tenía el poder de la muerte” (Hbr 2). Es la novedad absoluta llevada a cabo en la historia, la noticia más trascendente que hemos escuchado.

La Cruz es, ciertamente, para nosotros una cátedra permanente de enseñanzas, una de las cuales nos dice que la muerte de Dios en Cristo da la medida de todo lo que el pecado significa en la historia de Dios y en la del hombre, es decir, de todo lo que significa oponer nuestra propia elección al designio de Dios. En este sentido, la Cruz es el símbolo y la medida de nuestra ofuscación, y del coste que ésta ha supuesto para Dios.

La redención, como antes la encarnación, son el gesto por el que Dios decidió romper todas las barreras e irrumpir en el mundo para pagar la deuda del hombre con el Padre al precio de la vida de su Hijo, y para ponerle ante el error de vivir como si Dios no existiera, en lugar de “vivir en santidad y justicia en su presencia”, según el sentido y destino recibidos del Creador.

Hay en ello un juicio sobre el hombre, un deseo de ponerle ante la verdad de sí mismo. La obra de la salvación realizada por Cristo implica que nuestro proyecto humano al margen de Dios es completamente erróneo y directamente opuesto al interés del hombre. Esa muerte, ofrecida como rescate por él, significa que hay un uso de la libertad que Dios considera ilegítimo y perverso, de manera que sólo podía ser subsanado por la acción extrema de una muerte divina: “no os rescataron con oro o plata, sino al precio de la sangre del Cordero inmaculado”.

Dios no tiene otra palabra para mostrar la situación a que el pecado le ha llevado a El y al hombre. Ni ha cambiado de criterio ante él en un tiempo en que tantas veces se pretende abolir esta realidad del pecado, justificado por nosotros como acción nacida de nuestra libertad insobornable. Por eso, la historia del pecado no ha terminado, sino que se ha intensificado a consecuencia de esa oposición declarada de la libertad humana a la libertad y a la voluntad divinas. Y por eso, sigue siendo tiempo de Viernes Santo, siempre que el peso de los pecados de los hombres crucifica, hace morir y sepulta al Hijo de Dios.

“Dios murió por los pecados de todos para darnos vida a todos”. Por eso, no podemos seguir poniendo a Dios bajo la amenaza creciente del pecado del mundo sin que ello se convierta en amenaza mortal para nosotros, porque con esa acción estamos dando muerte a la Vida en nosotros: es decir, nos estamos separando de la fuente de la vida, la estamos agotando en nosotros.

Por eso, esperamos la hora en que se cumpla de nuevo: “volverán a Él sus ojos todos los que le traspasaron; se lamentarán sobre Él como sobre el hijo único y le llorarán como se llora al primogénito”. Así lo pedimos por mediación de su Madre, la Virgen dolorosa, para que ella suscite en sus hijos esas lágrimas por su Hijo unigénito y primogénito, y Ella misma nos conduzca hasta El como hijos de su dolor y de su amor.

-----